en el secreto, prestaría poderosa ayuda con su empleo en la realización de los propósitos. El nombramiento de Valderrama para Presidente de la Audiencia, sería á la vez muy conveniente, pues conquistado su ánimo, como lo estaba, los encomenderos podían hacer de él lo que quisiesen, ó le condenarían á correr la suerte de los oidores, que como véremos sería fatal. Pero el coronamiento de todo era la merced que se pedía para el Marqués, pues si se lograba que desempeñase la Capitanía General de la Nueva España, todo lo deseado se había conseguido.

Los misteriosos trabajos iban á seguir su curso, y la lucha de los dos partidos que entonces surgieron, había comenzado y seguiría adelante.

Encendió más la división entre los partidarios y enemigos del Marqués un hecho, cierto ó falso, pero que determinó rudas riñas callejeras. Contábase, que D. Martín *traía requiebros* con Doña Marina Vázquez de Coronado, casada con Nuño de Chávez Pacheco de Bocanegra, é hija de Doña Beatriz de Estrada y del Gobernador Francisco Vázquez de Coronado. Ciertos ó nó aquellos amores, pues se dice que la citada Doña Marina gozó de ser mujer tan virtuosa que le llamaban « la santa », el caso fué que la maledicencia atribuía la protección que daba á sus deudos, el Marqués, á los galanteos de éste con aquella, y como los Bocanegras eran hijos de los enemigos que habían sido de Hernán Cortés, todos le tenían á mal esa predilección por los parientes de su dama.

Los ánimos se exaltaron, y dieron origen á las reyertas frecuentes que en las vías públicas tuvieron lugar entonces, y que el Señor Orozco y Berra no se explicaba cuando publicó los procesos, en que se omiten las causas de tales riñas, pero que Suárez Peralta nos ha venido á revelar en su inestimable crónica.

Como la señora en cuestión se llamaba Doña Marina, lo mismo que la india que tanto ayudó á su padre para conquistar la tierra, y el Marqués andaba conspirando al mismo tiempo que en requiebros con la Coronado, de continuo echábanle papeles infamantes, á modo de pasquines, y un día, al ir á sacar « un lienço de narices, de las calzas », halló un anónimo en ellas, que decía :

Por Marina, soy testigo,
Ganó esta tierra un buen hombre,
Y por otra de este nombre
La perderá, quien yo digo (1).

Los bandos que se formaron entre los amigos del Marqués y sus contrarios, causaban no pocos alborotos en la Ciudad, unas veces por reyertas amorosas y otras por asuntos políticos.

México, entonces, como ha dicho muy bien el Sr. Orozco y Berra, « no pasaba de una gran casa de

(1) Véase respecto á Doña Marina Vázquez de Coronado la obra de Dorantes de Carranza y la Crónica del P. Franco, y relativamente á los amorios de ella con el Marqués á Suárez de Peralta, cap. XXI, págs. 199 y 200.

vecindad, en que los inquilinos se conocen, se saben sus debilidades y defectos, se querellan por causas livianas, y formaban bandos y parcialidades segun sus inclinaciones; y como además, el carácter de la época se distingue por el orgullo y la bravura, y la moda ayudaba ordenando llevar siempre la espada ceñida, las disputas terminaban de comun en cuchilladas, repartidas á la luz del sol en las calles y en las plazas públicas ».

Los contendientes por otra parte, eran jóvenes desocupados, ricos, que salvo las atenciones de visitar sus encomiendas, vivían en pasatiempos, en fiestas campestres, en comidas, ó jugando en las casas de unos ú otros. La mayoría eran criollos, agudos de ingenio, y sus burlas á los advenedizos, ya tuviesen por origen una dama ó una cuestión de Estado, producían esas frecuentes riñas callejeras, ora á la luz del sol como dice el Señor Orozco y Berra, ora á la claridad tranquila de la luna ó en las densas tinieblas de la noche, pues á la sazón México, no tenía público alumbrado.

El 5 de Abril de 1565, por una de esas causas, topáronse en la *calle de Martín de Aberruza*, los hermanos Bernardino y Hernando de Córdoba y Bocanegra por un lado, y por el otro Juan Juárez, Alonso de Peralta, Alonso de Cervantes, Juan de Valdivieso y un tal Nájera, los primeros amigos y partidarios del Marqués, y los segundos del Virrey que había sido, D. Luis de Velasco, cuyo hijo, del mismo nombre, parece que encabezaba siempre á los émulos del Marqués, quizá por la rivalidad que había existido entre éste y su padre.

Revolvieron las capas en el brazo izquierdo los que no llevaban broquel, sacaron las espadas, y acometiéronse seriamente unos á otros, hasta que los alguaciles les separaron, no sin haber salido herido Alonso de Cervantes, y aunque la Real Audiencia no impuso por el momento alguna pena á los alborotadores participantes en aquella riña, que causó mucho escándalo, sí les formó proceso, y el Marqués estuvo á la defensa de los hermanos Bocanegra, visitándoles en su casa, pero no haciendo aprecio de los demás combatientes, que desde entonces se tornaron en sus declarados enemigos; rompiendo con él del todo su amistad, Juan de Valdivieso, que tenía con él aun lazos de parentesco, pues su hermana Doña Guiomar de Escobar era esposa de D. Luis Cortés.

La lucha de los bandos y partidos continuó encarnizada por esos días.

D. Martín, el Marqués, con todas las ínfulas de gran Señor y del poder y respeto que muchos le tenían, por ser heredero de la fama y riquezas de su padre, acostumbraba salir de paseo por las calles, á caballo ó á pie, y sus amigos, por lisonja, ó D. Martín por vanidad, habían establecido una especie de homenaje que no tenía razón de sér, consistente en que cuando le encontraba alguno ya no seguía adelante, sino que le iba á saludar y le acompañaba hasta dejarle en su morada.

Muchos por fuerza rendían aquel acatamiento al principio, pero llegó la vez que se negaron á hacerlo. Tal sucedió con el Alguacil Mayor Juan de Sámano, que

habiendo encontrado al Marqués una tarde, contentóse con saludarle quitándose la gorra y prosiguió su camino sin tornar atrás como se acostumbraba.

Algunos otros siguieron el ejemplo de Juan de Sámano, y los partidarios de D. Martín, para meter temor á los reacios, amenazáronlos con sendas palizas si en los sucesivo no cumplían con aquel acatamiento, digno de tan gran Señor, y muy celoso se mostró en ello D. Luis Cortés, pues fué á ver al Alguacil Sámano para suplicarle, y aún reconvenirle, que no volviese á dejar de ir en compañía de su hermano cuando en sus paseos lo encontrara.

Juan de Sámano, disculpóse alegando que por razón de su empleo, no podía detenerse á cumplir la cortesía, prometiendo hacerla cuando tuviese tiempo, pero negándose á la proposición que se le hizo, de que cuando topare con el Marqués diese la vuelta en la esquina ó penetrara á la casa de un amigo, con objeto de que el pueblo no se diera cuenta del desacato, y al fin nada quedó ajustado.

Juan de Valdivieso, encontró algunos días después á D. Martín, en la que es hoy calle de la Puerta Falsa de Santo Domingo, y repitió la falta de Juan de Sámano, lo que encolerizó á D. Luis Cortés, su cuñado, que fué á verle, y no hallándole, lo citó para la casa del Marqués.

El 7 de Mayo de 1565 acudió á ella Valdivieso en compañía de D. Hernando de Bazán, y encontraron á D. Luis en los corredores de la casa de D. Martín, hoy Nacional Monte de Piedad; trabaron pláticas sobre el

motivo de la cita, uno exigiendo la práctica acostumbrada de la cortesía, otro negándose á cumplirla, agriándose las palabras hasta prohibirle á Valdivieso D. Luis, le llamase hermano, y volviese á poner pie en aquella casa. Los ánimos de los dos se exaltaron, lanzáronse denuestos, y pusiéronse en guardia con las espadas desnudas. Bazán intentó calmar á los contendientes, pero sin fruto, pues tomaron la defensa de D. Luis los criados Padilla, Ferrer y Villafañe, y Valdivieso viose obligado á bajar más que de prisa las escaleras y salir hasta la plaza, defendiéndose de las cuchilladas sendas que le daban.

Frente á la casa de D. Martín, había entonces una plazoleta llamada del Marqués, y al ruido de aquel combate acudió mucha gente, causando tal alboroto, que los oidores tuvieron que interrumpir el acuerdo en que se hallaban, al ruido de los gritos, y nombrar á Pedro de Morán, su Escribano, para que saliera á practicar la averiguación correspondiente.

La plazoleta era un verdadero campo de Agramante. Denuestos y cuchilladas llovían por doquiera, pues se habían formado ya dos bandos, unos al lado de D. Luis y otros de parte de Valdivieso, y fué tal la multitud que allí se reunió con la curiosidad de ver la pendencia, que para retirarla hubo que dar un pregón en que se imponían dos mil pesos de multa al que inmediatamente no se fuese á su casa.

El Escribano de la Audiencia tomó las primeras declaraciones á Bazán, Antón García de Castro y Juan

Núñez, que fueron los primeros que encontró, y después á otros dos, las cuales fueron suficientes para que los oidores proveyesen auto mandando poner presos en la cárcel pública á Jerónimo, Agustín y Ambrosio de Bustamante, y en sus casas á D. Martín y D. Luis Cortés, Bernardino Pacheco de Bocanegra, D. Francisco Pacheco, D. Luis Arteaga, Alonso de Cabrera, D. Pedro Sayavedra Arellano, Alonso de Cervantes, Gonzalo Gómez de Cervantes, Leonel y Leonardo de Cervantes, Alonso de Nava Espinosa, D. Luis de Velasco, Antonio de Caravajal, Juan Gutiérrez de Bocanegra, D. Pedro de Castilla, Hernán Gutiérrez Altamirano, Juan de Sámano, Juan Suárez de Peralta, Baltasar de Aguilar, Pedro de Villegas, D. Fernando de Portugal, Diego Rodríguez Orozco, Francisco Rodríguez Magarino, Gaspar Ortiz y Juan de Busto de Mendoza.

De próposito hemos copiado la anterior lista de nombres, porque en ella figuran hijos de las mejores familias de México, y como se verá adelante, muchos de ellos fueron conspiradores y otros denunciantes del plan de independencia que entonces se tramaba, y entre ellos están también D. Luis de Velasco que fué Virrey, y Suárez de Peralta, el cronista más exacto y más ameno de los sucesos que venimos narrando.

El mismo 7 de Mayo, por otro auto de la Audiencia, se ordenó que D. Luis Cortés y D. Hernando Pacheco fueran llevados presos á las casas de Cabildo, y Juan de Valdivieso y los criados Padilla, Ferrer y Villafañe, á la cárcel pública; con lo cual terminó aquel mitote

magno que armaron en plena plaza del Marqués, y á la luz del día, los encopetados jóvenes de aquella sociedad naciente; escándalo mayúsculo y sin importancia en su origen á primera vista, pero que para el observador sagaz indica que los dos bandos que aparecieron en esos días, procuraban enaltecer y hacer respetar, el uno, al que tenían por jefe, y el otro, deprimir y hostigar al que su enemigo juzgaban.

«Aquella gente bulliciosa, dice el Sr. Orozco y Berra, no podía estar tranquila. En la noche del 17 de Junio, rondando por la ciudad Julian de Salazar, alcalde ordinario, despues de las diez y media, quitó la espada á uno de los criados del marqués, á quien por acaso encontró en la plaza. Cenando estaba D. Martín cuando supo la nueva, y para cobrar el arma perdida, mandó que fueran en busca del alcalde un criado y un paje con el sayo rojo guarnecido que era la librea de la casa; ambos se previnieron de espada y el uno de rodela, y con el engreimiento propio de gente de poco valer arrimada á poderoso, al encontrar á Salazar junto á la puente de madera al frente de la audiencia ordinaria, usaron tan poca cortesía, que el alcalde mandó quitarles las armas, que no quisieron tomar cuando se las devolvían sabiendo de quién eran enviados. Desfigurados los hechos por aquellos sirvientes al volver á presencia de su amo, creyóse injuriado el marqués, dejó la mesa, en compañía de varias personas, salió por la plaza en busca de Salazar, dando con él, cerca de la puente de los portales y diputación, le trató de una manera poco con-

forme á su carácter de justicia y á la consideracion que los hombres se deben entre sí, quitándole las armas. El alcalde se quejó del atentado á la audiencia; formáronse las largas actuaciones de estilo, y después de mucho papel escrito nada se intentó contra Cortés. »

El mismo Sr. Orozco y Berra, con mucho acierto dice, que todo esto probaba, « el poco temor que por su debilidad infundía el gobierno de los oidores, que no se atrevía á poner coto á desmanes que en verdad pasaban de la raya, pues iba en ello interesado el decoro que siempre debe conservar la autoridad. No se extrañará ya que el marqués para honrar á su mujer, al trasladarse de Toluca á Coyoacán, saliera de México con una compañía de arcabuceros y un escuadron, las banderas tendidas en son de guerra, para ir á formar una escaramuza en los términos de Tacubaya, ni que al entrar la marquesa en la ciudad fuera recibida como persona real, saliendo á su encuentro los principales caballeros, el arzobispo, el Cabildo y la despreciada audiencia (1) ».

Pero esta misma audacia, este poco cauto proceder, y el no haber asumido la responsabilidad de la empresa D. Martín, ya fuese su iniciador, él ú otros, fué de funestos resultados, á pesar de que los conspiradores conquistaron por esos días la voluntad y ayuda de dos individuos, que desempeñan papel importantísimo en este drama histórico y terriblemente trágico.

(1) *Noticia Histórica de la Conjuración del Marqués del Valle*, págs. 33 y 34.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CAPÍTULO V

LA FAMILIA DE LOS ÁVILAS.

Gil González Benavides, hermano de Alonso de Ávila, uno de los conquistadores de Nueva España, había venido con Francisco de Garay como capitán de un navío de la armada de éste, y después de prestar diversos servicios, fué mandado por Hernán Cortés á las Hibueras en compañía de Francisco de las Casas, con el fin de sujetar á Cristóbal de Olid, que se había revelado, y una vez allá, él, las Casas y Juan Núñez Mercado, mataron al dicho maese de Campo y General Cristóbal de Olid (1).

Gil González Benavides fué tenido por caballero y casó con Doña Leonor de Alvarado, de la cual hubo en legítimo matrimonio varios hijos é hijas : éstas llamadas María y Beatriz, aquéllos Alonso de Ávila Alvarado y

(1) DORANTES DE CARRANZA, *Sumaria Relación de las Cosas de Nueva España*, pág. 281.